



Mateo y el Sendero del Mañana

Juliana Gomez



Mateo caminaba lentamente por el bosque de niebla, cargando una mochila enorme que pesaba más que él mismo. Dentro de ella guardaba pesadas piedras grises, cada una marcada con los recuerdos y penas de los días que ya habían pasado. La niebla cubría el camino, impidiéndole ver qué había más allá del siguiente paso.



Cansado de avanzar tan despacio, Mateo se sentó junto a un viejo roble para descansar sus doloridos hombros. Aceptaba el peso como algo inevitable, pensando que separarse de sus piedras significaba olvidar quién era. Sin embargo, el frío de la niebla le hacía anhelar el calor del sol que brillaba a lo lejos.



De pronto, un suave resplandor dorado iluminó las ramas del árbol y de él surgió una sabia lechuza de plumaje brillante. La criatura observó la pesada mochila de Mateo y le habló con una voz tan serena como la brisa matutina. Le explicó que las piedras del ayer solo servían para mantenerlo atado al pasado.



Mateo abrió la mochila con vacilación y sacó la primera piedra, contemplando los surcos gastados que representaban sus viejos errores y temores. Con un nudo en la garganta, sintió el impulso de aferrarse a ella, pues era todo lo que conocía. La lechuza lo animó suavemente a mirar hacia el sendero elevado donde la luz comenzaba a despuntar.



Armándose de valor, Mateo soltó la primera piedra en el lecho de un arroyo cercano. Al escuchar el leve chasquido del agua, sintió una repentina ligereza en el pecho y un rayo de sol atravesó las nubes. Por primera vez en mucho tiempo, respiró profundamente y descubrió que el mundo no se desmoronaba al dejar ir su carga.



Poco a poco, Mateo comenzó a sacar más piedras de su mochila y las fue depositando a lo largo del sendero. Cada piedra liberada dejaba espacio para la brisa fresca y llenaba el camino de pequeñas flores silvestres. Su espalda se erguía con cada paso y la niebla comenzó a disiparse por completo.



Al llegar a la mitad de la montaña, Mateo vació la última piedra de la mochila, sintiéndose tan ligero que casi podía volar. La mochila, antes tan pesada, ahora estaba completamente vacía y lista para guardar nuevas alegrías. Miró hacia atrás por un segundo, sintiendo gratitud por el camino recorrido pero sin deseo de regresar.



Con el corazón lleno de esperanza, Mateo comenzó a subir la cima de la colina dorada a paso firme y decidido. Frente a él se desplegaba un horizonte infinito lleno de colores vibrantes, colinas verdes y senderos por explorar. El aire olía a pino fresco y a nuevas oportunidades esperando ser descubiertas.



En la cima de la montaña, Mateo encontró a otros viajeros que también habían dejado sus cargas atrás para reunirse bajo el cielo despejado. Juntos compartieron risas, historias y sueños sobre las aventuras que el mañana les tenía preparadas. Descubrió que soltar el pasado le abría la puerta a una comunidad luminosa y llena de vida.



El sol naciente bañó a Mateo con su cálida luz mientras él daba un paso valiente hacia la vasta cordillera del mañana. Sonrió con certeza, sabiendo que el viaje más hermoso es aquel que se camina con las manos abiertas y la mirada en el horizonte. Dejar ir el pasado había sido el primer gran paso para construir su propio futuro.